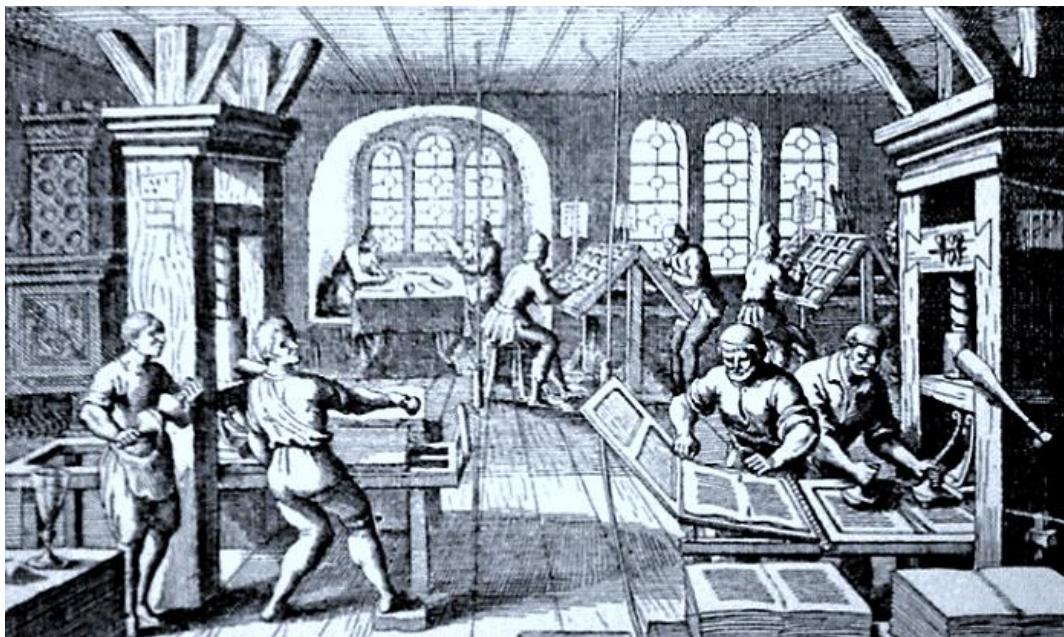




TRADUTTORE, TRADITORE DON QUIJOTE VISITA UNA IMPRENTA



HOY trataré de una de las cuñas más inquietantes de las que introdujo Cervantes en *dQ2-62*. Y resulta inquietante porque toca marginalmente el asunto del *Quijote* de Avellaneda. Para algunos investigadores, el episodio evidencia que Cervantes sabía que aquel *Quijote* no se estampó en Tarragona por Felipe Roberto, sino en Barcelona por alguno de los impresores allí radicados, y no faltó quien cargase con el mochuelo a Sebastián de Cormellas. Otros comentaristas no van más allá de suponer que Cervantes conocía que en Barcelona se estampó una reedición de la que no ha sobrevivido ejemplar alguno. Yo discrepo de ambas deducciones (ya adelanté que la alusión al *Quijote* de Avellaneda me parece marginal); pero no tocaré aquí ese detalle: sólo me interesa demostrar que la visita a la imprenta es otra interpolación en el relato.

Recordemos: el famoso bandolero Pere Rocaguinarda deja a don Quijote y Sancho en la playa de Barcelona. Allí aguardan la llegada del día. Se presenta a ellos don Antonio Moreno (previamente avisado por Roque), y tras una entusiasta entrada en la ciudad los acoge en su casa.

Comieron aquel día con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando a don Quijote como a caballero andante... Levantados los manteles y tomando don Antonio por la mano a don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no había otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenía, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce... Admirado quedó don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza... Salieron del aposento... y fuéreronse a la sala donde los demás caballeros estaban...

Aquella tarde sacaron a pasear a don Quijote... Llegó la noche, volviéronse a casa, hubo sarao de damas, porque la mujer de don Antonio... convidó a otras sus amigas a que viniesen a honrar a su huésped y a gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenose espléndidamente y comenzóse el sarao casi a las diez de la noche. Entre las damas había dos de gusto pícaro y burlonas..., éstas dieron tanta priesa en sacar a danzar a don Quijote, que le molieron, no sólo el cuerpo, pero el ánima... Otro día le pareció a don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoritas que habían molido a don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habían quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contoles la propiedad que tenía, encargóles el secreto y dijoles que aquel era el primero día donde se había de probar la virtud de la tal cabeza encantada. Y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabía el busilis del encanto, y aun si don Antonio no se le hubiera descubierto primero a sus amigos, también ellos cayeran en la admiración en que los demás cayeron... Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas. Pero... en la opinión de don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada... más a satisfacción de don Quijote que de Sancho. Los caballeros de la ciudad, por complacer a don Antonio y por agasajar a don Quijote y dar lugar a que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí a seis días, que no tuvo efecto por la ocasión que se dirá adelante.

||

Diole gana a don Quijote de pasear la ciudad a la llana y a pie... Sucedío, pues, que yendo por una calle, alzó los ojos... y vio escrito sobre una puerta, con letras muy grandes, AQUÍ SE IMPRIMEN LIBROS, de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto emprenta alguna y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro..., y vio... toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase don Quijote a un cajón y preguntaba qué era aquello que allí se hacía; dábanle cuenta los oficiales, admirábase y pasaba adelante. Llegó... a uno y preguntóle qué era lo que hacía. El oficial le respondió:

—Señor, este caballero que aquí está —y enseñole a un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad—, ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estoyle yo componiendo para darle a la estampa.

—¿Qué título tiene el libro? —preguntó don Quijote.

A lo que el autor respondió:

—Señor, el libro en toscano se llama *Le bagatele*.

—Y ¿qué responde *le bagatele* en nuestro castellano?

—*Le bagatele* es como si en castellano dijésemos *Los juguetes*; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.

—Yo sé algún tanto del toscano y merecio de cantar algunas estancias del Ariosto; pero dígame vuesa merced, señor mío, y no digo esto por... examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no más: ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *piñata*?

—Sí, muchas veces.

—Y ¿cómo la traduce vuesa merced en castellano?

—¿Cómo la había de traducir, sino diciendo *olla*?

—¡Cuerpo de tal, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré... que adonde diga en el toscano *piache*, dice vuesa merced en el castellano *place*, y adonde diga *più*, dice más, y el *su* declara con *arriba* y el *giù* con *abajo*.

—Sí declaro, por cierto, porque esas son sus propias correspondencias.

—Osaré yo jurar que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay

perdidas por ahí, qué de ingenios arrinconados, qué de virtudes menospreciadas! Pero, con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra... es como quien mira los tapices flamencos por el revés...; y el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel. Y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trajesen... Pero dígame vuesa merced, este libro ¿imprímese por su cuenta, o tiene ya vendido el privilegio a algún librero?

—Por mi cuenta lo imprimo, y pienso ganar mil ducados, por lo menos, con esta primera impresión, que ha de ser de dos mil cuerpos y se han de despachar a seis reales cada uno en daca las pajás.

—¡Bien está vuesa merced en la cuenta! Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores y las correspondencias que hay de unos a otros; yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros vea tan molido su cuerpo que se espante, y más si el libro es un poco avieso y no nada picante.

—Pues ¿qué? ¿Quiere vuesa merced que se lo dé a un librero que me dé por el privilegio tres maravedís y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama.

—Dios le dé a vuesa merced buena manderecha.

Y pasó adelante a otro cajón, donde vio que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba *Luz del alma*, y, en viéndole, dijo:

—Estos tales libros... son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados.

Pasó adelante y vio que... estaban corrigiendo otro libro... que se llamaba la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordesillas.

—Ya yo tengo noticia de este libro —dijo don Quijote—, y... pensé que ya estaba quemado... por impertinente; pero su San Martín se le llegará, como a cada puerco; que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan a la verdad o la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores cuanto son más verdaderas.

Y diciendo esto, con muestras de algún despecho, se salió de la emprenta.

↑-----

Y aquel mismo día ordenó don Antonio de llevarle a ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, a causa que en su vida las había visto. Avisó don Antonio al cuatralbo de las galeras cómo aquella tarde había de llevar a verlas a su huésped el famoso don Quijote de la Mancha..., y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIII

*De lo mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras,
y la nueva aventura de la hermosa morisca.*

GRANDES eran los discursos que don Quijote hacía sobre la respuesta de la encantada cabeza..., y Sancho... todavía deseaba volver a mandar y a ser obedecido (que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas). En resolución, aquella tarde don Antonio Moreno su huésped, y sus dos amigos, con don Quijote y Sancho fueron a las galeras...

Observe el lector que el relato fluye perfectamente sin el episodio de la imprenta: tras la experiencia matinal con la cabeza encantada, don Antonio envía a decir al cuatralbo

de las galeras que irán a visitarlas por la tarde. Y ya habrá observado que para don Quijote es como si no hubiera existido el incidente en la imprenta ni hubiese visto imprimir el otro *Quijote*: sólo la cabeza encantada ocupa su mente. Y no creo que se le haya escapado que aunque don Quijote nunca «había visto emprenta alguna», se permite disertar sobre «las entradas y salidas de los impresores y las correspondencias que hay de unos a otros», y demuestra conocer el mundillo editorial cuando previene a su interlocutor de que «cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante».

Para mí es claro que la visita a la imprenta es otra de las cuñas cervantinas dispersas a lo largo de *dQ2*, bien es verdad que entra en el grupo de las casi imperceptibles y no produce descalabro notorio en el hilo argumental. Por algún motivo que Cervantes se sabrá, no iba a entregar su *dQ2* a la estampa sin satirizar a cierto «desalumbrado» sin «ingenio ni elocución» que, atendiendo al beneficio económico y no al prestigio, había traducido una obra escrita en «lengua fácil» y que ingenuamente asumía la producción y distribución de sus libros dejando de lado a los agentes del negocio. La mordaz sátira va dirigida contra uno de sus enemigos literarios, y si sucede en una imprenta de Barcelona, bien puede deberse a que don Quijote no ha pasado por ciudad en que las hubiera; pero algo tuvo que ver la *Ciutat Comtal* en el conflicto que Cervantes mantenía con aquél, pues don Quijote la calificará así ante el mismísimo don Álvaro Tarfe:

Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades (*dQ2-72*).

Excepto lo de «venganza de los ofendidos», el elogio cervantino es muy similar al que había hecho en su novela *Las dos doncellas*:

flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo

No ha faltado quien relacionase esa «venganza de los ofendidos» con la que los almogávares se tomaron por el asesinato de sus jefes en Andrinópolis en 1305. Yo estoy convencido de que el *suplemento* introducido por Cervantes en *dQ2* aludía a un asunto personal del que precisamente allí había de regodearse, y alguna vez he tratado de ello; pero este no es sitio adecuado para volver a las andadas, y aunque lo fuera, ya me he excedido en dos planas del límite establecido.

Enrique Suárez Figaredo
Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan